



PREGUNTAS CON RESPUESTAS

“Para aumentar la fe”

¿EXISTEN HUELLAS DE DIOS EN EL MUNDO?

Ese rastreo de las huellas de Dios en el mundo podía hacerse de varias maneras. Buscando lo inexplicable y llegando a la conclusión de que Dios puso su mano en ello. Otro camino es el de la adoración y reconocimiento que el amor que Dios ha derramado en todo lo creado.

No hace falta decir que el ateísmo niega cualquier posibilidad de encontrar un vestigio de Dios en lo evidente de la experiencia sensible. Pero lo que se tiene en las manos no se puede negar. Cuando menos es una huella de algo que existe con anterioridad. Un humanismo culturalista intentó desprenderse de cualquier referencia religiosa. Al final, el hombre se encontraba perdido en un universo sin sentido, sin origen ni final. El hombre quedaba encerrado en sí mismo.

La tragedia de la existencia del mal en el mundo conducía a la negación de Dios. Lo cual no podía ser más inconsecuente, pues dentro de ese disgusto por el mal está implícito, por lo menos como idea, el deseo de bien en toda su perfección. Finalmente, para otros, existe Dios y lo ha creado todo, pero todo lo ha abandonado, ni le interesa ni interviene en el mundo.

Aunque la creación entera es un himno al creador, sin embargo es el hombre la mejor y más clara huella de Dios en el mundo. “Con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido de bien moral, con su libertad y la voz de la conciencia, con su aspiración al infinito y

a la dicha, el hombre se interroga sobre la presencia de Dios” (Catecismo, 33).

Lo más cercano y parecido a Dios es el hombre. Aunque tantas veces da la impresión de que ha perdido la “imagen y semejanza” con su creador. Este hombre, que puede conocer a Dios, encuentra vestigios de lo trascendente por donde pasa. Pero necesita la luz nueva de la revelación, de la fe, para que su conocimiento sea completo. Lo creado es una huella, pero no es Dios. Cristo es el arquetipo y modelo del verdadero hombre y realiza finalmente la semejanza divina intentada con la creación.



La inteligencia es como una luz, sutil y penetrante —ahora pondríamos la comparación con el láser o con la fibra óptica—, capaz de llegar no sólo al conocimiento de las cosas sino a traspasar las fronteras de lo inmediato, del tiempo, de la realidad de uno mismo. Esta admirable cualidad, propia del hombre, hace pensar en una inteligencia

siempre superior capaz de poner en la persona humana tales posibilidades. El hombre tiene *algo* que lo pone muy cerca de Dios. En el diálogo consigo mismo y con el mundo se encuentra con la verdad, la belleza, la bondad, la inteligencia, el progreso, la esperanza. Y admira y se pregunta sobre el origen y la razón final. Todo habla, en un lenguaje nuevo, de una relación con Dios.